

Algunos costos sociales de la economía de mercado

La economía de mercado vive momentos de esplendor. Tras el fracaso del «socialismo real» y la crisis de la socialdemocracia, los ideólogos neoliberales y neoconservadores magnifican las virtualidades del mercado. El autor adopta una posición netamente crítica y resalta algunos costos que, desde la perspectiva histórica y social, ha supuesto la lógica economicista del mercado: colonización economicista de la vida social, explotación del Tercer Mundo, dualización de la sociedad y desmoralización de la misma.

Demetrio Velasco Criado *

EN pocos momentos de la historia reciente ha gozado la «economía de mercado» de tanto prestigio y ha contado con tantos mentores y misioneros como en nuestros días. No ha faltado algún analista crítico de este «clima» que ha llegado a hablar de un

* Catedrático de Pensamiento Político de la Universidad de Deusto.

nuevo «mesianismo», refiriéndose al neoliberalismo que tiene en el mercado su Mesías (1) o de una idolatrización del nuevo Dios del mundo moderno (2). La mesianización y divinización del mercado comportaría, según dichos críticos, una perversa teología sacrificial, ya que la vida de este «dios» se alimenta con la muerte de sus enemigos, los pobres y los movimientos populares.

Sin desconocer el enorme interés que tienen dichas lecturas de la economía de mercado, especialmente en momentos como el que nos toca vivir, en el que se utilizan sin rubor algunos argumentos religiosos y éticos para legitimar el modelo económico vigente, me parece más oportuno comenzar reflexionando sobre el contexto en el que este clima de sacralización del mercado es posible.

El contexto

EL conocido sociólogo norteamericano P. Berger, en uno de sus últimos libros, que lleva por título: *La Revolución capitalista. Cincuenta tesis a favor del capitalismo democrático* (1986), explica «cómo la evidencia empírica... me ha llevado, paso a paso, a la presente posición, que es la de que, moralmente, el capitalismo es el embite más seguro» (3). Muy atrás quedan obras del mismo autor como *Las pirámides de Sacrificio* (1974) (4), en la que las «veinticinco tesis» introductorias del libro anunciaban su distanciamiento crítico de ambas ideologías: la socialista y la capitalista.

En la mente de todos está que dicha «evidencia empírica» nos remite al fracaso histórico de la «economía planificada» del llamado «socialismo real», que ha concluido con la estrepitosa caída de los regímenes comunistas en los países del Este y que sigue minando toda ideología inspirada en la matriz socialista. Pero dicha evidencia parece remitirnos también,

(1) Ver R. Manuel Grácio de Neves, O.P. «Mesianismo hoy. Un reto para una Iglesia profética» en *Biblia y Fe*, n.º 53, mayo-agosto, 1992.

(2) Ver el libro de M. Douglas Meeks: *God the Economist. The doctrine of God and Political Economy*. Fortress Press. Minneapolis, 1989. Asimismo el libro de Hugo Assmann y Franz J. Hinkelammert: *A idolatria do mercado. Ensaio sobre Economia e Teologia*. Vozes. Sao Paulo, 1989, que comenta Rui Manuel Grácio, antes citado.

(3) P. Berger: *La Revolución capitalista*. Península, Barcelona, 1981, p. 18.

(4) P. Berger: *Pirámides de sacrificio*. Sal Terrae, 1979.

como es el caso de P. Berger, a la crisis que convencionalmente se llama «crisis del Estado de Bienestar», con la consiguiente «crisis de la democracia social», y a la vigencia de políticas económicas de carácter neoliberal. Lógicamente, no todos los fenómenos enunciados gozan del mismo grado de la pretendida evidencia empírica, pero sí que bastan para comprender la plausibilidad de los discursos que postulan el «cuanto más mercado, mejor».

A dicha «evidencia empírica» es seguro que también ha contribuido la interpretación que se hace de aquellos clásicos del pensamiento occidental que cuestionaron la lógica de la economía de mercado y que pusieron las bases de la ideología socialista. En este sentido, me parece especialmente significativa la figura de un liberal como John Stewart Mill, en quien se ceban los neoconservadores y más aún los neoliberales, ya que se le considera el responsable de la deriva socializante y, en última instancia totalitaria, del verdadero liberalismo anglosajón. Rafael Termes, en un libro titulado *Antropología del capitalismo*, más interesante por lo que tiene de testimonio vivo y cercano del quehacer legitimador de la economía de mercado que por las aportaciones teóricas que hace, dedica un amplio espacio a la figura de Stewart Mill, porque, según las tesis de maestros tan venerados como Mises y Hayek, es el principal responsable de haber generalizado el término «justicia social», de haber alentado planteamientos que implican una interpretación constructivista de las normas de comportamiento y, por su vinculación con el fabianismo, de haberse alineado con el liberalismo continental racionalista (5).

A la crítica del pensamiento «socialista» hay que añadir la relectura que neoconservadores y sobre todo neoliberales hacen de los clásicos del liberalismo anglosajón, que pretende aportar argumentos que, por un lado, expliquen la lógica crisis y hundimiento del socialismo y, por otro, legitimen la economía de mercado como la condición imprescindible para que puedan darse sociedades libres y desarrolladas.

(5) R. Termes: *Antropología del Capitalismo*. Madrid, 1992. Especialmente pp. 157 ss. «La encrucijada intelectual de Stewart Mill es muy representativa, en mi opinión, de la actitud que hacia el capitalismo o la economía de libre mercado adoptan no pocas personas de buena voluntad de nuestro tiempo que, siendo *liberales de cabeza*, se muestran *socialistas de corazón*. Y esta postura es una de las que, al lado de otras de muy diversa índole, suscitan las reservas morales al sistema de economía liberal que me han movido, como decía al empezar, a las reflexiones que intento verter en este discurso» (*Ibid.*, p. 168).

Hay, pues, un contexto práctico y teórico que facilita la presentación de la economía de libre mercado como la única alternativa existente y viable. Pero esta hegemonía de la ideología del mercado, que, como dice Luis de Sebastián, se afirma como un caso de «fanatismo económico», está basada en prejuicios, intereses y actitudes que no se justifican adecuadamente y que es preciso desvelar (6). Soy consciente de que abordar adecuadamente este reto exigiría, en primer lugar, un análisis riguroso del mercado desde la «ciencia económica»; dado que no soy economista y que me voy a limitar en estas páginas a analizar algunos costos sociales de la economía de mercado, remito al lector interesado en los aspectos más estrictamente económicos al número monográfico de la revista *Cuadernos de Economía* (n.º 57/58, enero-agosto, 1992), que recoge las aportaciones de las «Jornadas de Economía crítica» de Barcelona.

También advertirá el lector un tono unilateralmente crítico del mercado. No está en mi intención el negar algunas de las virtualidades positivas que éste pueda tener, pero ya que hay demasiada literatura que las magnifica, yo las pasaré en silencio.

De la «economía de mercado» a la «sociedad de mercado»

CUANDO aquí me refiero a la «economía de mercado» como una de las causas más importantes de las injusticias y desórdenes, que como costos sociales voy a señalar más adelante, entiendo por tal la organización económica que busca guiarse por la exclusiva regla de la oferta y de la demanda y por la lógica del beneficio, eliminando totalmente, o en la medida de lo posible, todas las medidas y acciones externas al mercado, que lo regulan o lo intervienen. Históricamente, pues, me refiero a la economía de mercado postulada por el liberalismo clásico y que ha generado lo que aquí llamo «sociedad de mercado». Es evidente que nunca ha existido una economía de mercado sin alguna forma de regulación. Es más, como el mismo L. de Sebastián afirma, lo que se ha llamado Neoliberalismo en realidad ha sido y sigue

(6) Luis de Sebastián: *Mundo rico, mundo pobre*. Sal Terrae, Santander, 1992, p. 102.

siendo Noliberalismo, o darwinismo social... (7). Pero es claro que la economía de mercado postula una racionalidad y alimenta unas actitudes que es preciso valorar adecuadamente.

No creo que está lejos de la verdad afirmar que la economía de mercado, tal como históricamente se ha desarrollado en Occidente, ha logrado convertir progresivamente las sociedades modernas en «sociedades económicas». Como afirma C. Polin (8), Occidente ha creado el primer ejemplo histórico de una sociedad esencial y explícitamente construida desde y para la economía. Un nuevo «sagrado social», el mercado, ha desplazado a todos los demás sagrados sociales y les ha impuesto su lógica. La progresiva «mercantilización» de todas las esferas de la vida, de la que tanto han hablado los sociólogos críticos, ha sido el resultado de una progresiva «colonización» de dichas esferas para la lógica del mercado. Así, los sistemas occidentales, sin entrar a analizar ahora cuáles fueron las intenciones y motivaciones de sus fundadores, han podido ser vividos como sistemas fundamentalmente económicos, aunque en algunos de sus intérpretes no se haya querido reconocerlo y se hayan dado otras interpretaciones de carácter religioso y moral de la génesis de las «sociedades económicas».

El «mercadocentrismo cultural» ha impuesto la óptica del mercado en la interpretación de realidades humanas de toda índole. La búsqueda de soluciones a los problemas humanos se ha guiado por criterios económicos, a menudo desconocedores de las verdaderas necesidades y valores. Eficiencia, eficacia, competencia y otras «leyes económicas» han forjado una visión distorsionada de la vida social y han configurado un marco de referencias determinista de carácter economicista y, en última instancia, materialista.

El Papa Juan Pablo II, en la encíclica *Laborem exercens*, afirmaba que existe un fuerte cordón umbilical, que liga el capitalismo liberal con el materialismo teórico, que es el materialismo economicista, en el que se «ha incubado durante un largo período la convicción de la primacía y de la superioridad de lo que es material». Este período, dice, «se inicia no sólo en la filosofía y en las teorías económicas del siglo XVIII, sino mu-

(7) L. de Sebastián: *La gran contradicción del liberalismo moderno*. Cuadernos de Cristianismo y Justicia, n.º 29, sept. 1989, Barcelona.

(8) Claude Polin: *L'esprit totalitaire*. Ed. Sirey, París, 1977. En este interesante libro C. Polin ofrece un ejercicio detallado de interpretación económica de las realidades sociales y políticas y de la matriz economicista del totalitarismo moderno.

cho más todavía en la praxis económico-social de aquel tiempo...» (9). En mi opinión, quizá haya que buscar el porqué del materialismo práctico, no en la línea de Max Weber, para quien, como es sabido, fue una cierta forma de espíritu religioso la que empujó al ser humano a la pasión adquisitiva, sino más bien en la desaparición del espíritu religioso y en el protagonismo radical de la lógica economicista. Y quizá sea más exacto ver en una cierta forma de religión reformada (y en la vivencia también en la forma católica) una simple moral, un ateísmo virtual de talante materialista, a la medida del sujeto burgués. De hecho, ha posibilitado y legitimado lo que el Evangelio consideraba imposible e ilegítimo: cargar el camello de oro y, a la vez, pretender entrar en el reino de los cielos (10). El «liberalismo doctrinario» encontraría asimismo una adecuada interpretación, al ser considerado también como «materialismo histórico reaccionario» (11).

Si esta visión de la realidad histórico-ideológica no es desacertada, «habrá que pensar que la doctrina social de la Iglesia» no «habla de lo que no sabe» (12), cuando afirma que las «teorías políticas del individualismo posesivo» del liberalismo clásico y del de todos los tiempos carecen de razón, cuando exculpan a la sociedad de mercado de cualquier responsabilidad, en lo que a injusticias y desórdenes sociales se refiere.

La importancia de esta reflexión histórico-ideológica radica en que nos permite tener presente que la «sociedad de mercado», por su talante economicista y materialista, va a carecer, al menos de forma suficiente, de aquellos «sentimientos morales» que, según la ingenua visión de A. Smith y de otros clásicos del liberalismo, permitirían una auto-organización de la sociedad libre y equilibrada. En la medida en que las instancias correctoras y compensadoras de la lógica del mercado se difuminen, co-

(9) Ver *Laborem Exercens*, especialmente los n.ºs 13 y 14.

(10) Para abundar en esta idea, ver, por ejemplo, la interpretación que Nietzsche hace de la Reforma o la obra de Leo Köffler. *Contribución a la historia de la sociedad burguesa*. Amorrortu. Buenos Aires, 1971, pp. 138-139.

(11) Ver el prólogo del prof. J. Álvarez Junco a las *Lecciones de derecho político* de Donoso Cortés. CEC, Madrid, 1984.

(12) Ver la crítica que Rafael Termes hace a la DSI y a los eclesiásticos que critican la economía de mercado y el capitalismo, que para él son sinónimos, en su artículo «La Doctrina Social de la Iglesia y el Espíritu del Capitalismo. Crónica de un malentendido», publicado en *Boletín de Estudios Económicos*. Universidad de Deusto, diciembre, Bilbao, 1991.

brarán dramático relieve los rasgos de una sociedad desigualitaria y anárquica. Hablar de la «sociedad de mercado» equivale, pues, a reconocer el principal coste social de la «economía de mercado»: su economicismo materialista, desigualitario y anárquico (13).

Algunos costos sociales de la «economía de mercado»

AUNQUE del «mercadocentrismo cultural», antes mencionado, se derivan innumerables costos sociales, voy a señalar a continuación algunos ejemplos, que no sólo cuestionan la pretendida «sacralización» del mercado (14), sino que están exigiendo urgentes medidas correctoras de la economía de mercado, tanto desde el punto de vista teórico como práctico.

Parto de la «evidencia empírica» de que la economía de mercado, tal como funciona en el sistema capitalista, poco o nada tiene que ver con la situación ideal de libre competencia entre individuos y grupos. En efecto, la economía de mercado es hoy, y lo ha sido desde hace más de un siglo, «compatible» con regímenes oligopólicos o, cuando menos, corporatistas, que se configuran según el paradigma del darwinismo social. Tras la lógica formal de la oferta y la demanda, se esconde la verdadera ley de la dominación y explotación de los fuertes y de los ricos sobre los débiles y los pobres. Sorprende, cuando menos, la incoherencia de los que, tras identificar economía de mercado y sistema capitalista, critican la idea de «planificación» en nombre del mercado y, sin embargo, comulgan con la lógica e intereses de las grandes corporaciones internacionales, que tienen cualquier cosa menos una «mano invisible» protectora de la libre competencia y del carácter sociogenéticamente benefactor del mercado.

(13) Lógicamente, esta visión no comparte necesariamente los errores del «economicismo marxista», que impidió reconocer la presencia y el potencial humanizador y democratizador de otras instancias y realidades sociopolíticas, no estrictamente económicas, en la sociedad burguesa. Ver J. Keane *Democracia y sociedad civil*. Alianza, Madrid, 1992, pp. 83 ss.

(14) Ver D. Velasco: «El Neoconservadurismo y su legitimación moral del capitalismo», en el que se critican algunas de las legitimaciones morales del mercado más importantes. *Estudios de Deusto*, Vol XL/2, julio-diciembre, Bilbao, 1992.

El mercado y la colonización y explotación del Tercer Mundo

ES verdad que las sociedades modernas (económicas) han logrado cotas de desarrollo y bienestar desconocidos hasta ahora en la historia de la humanidad. Pero me parece una evidencia empírica que los grandes «logros» del «Norte»: el Universalismo y el Industrialismo se han afirmado generando un «Orden Internacional» injusto, desigualitario y excluyente. Tanto desde el punto de vista económico, como desde el punto de vista sociopolítico, el proceso de «modernización» que el industrialismo del Norte ha impuesto al mundo entero ha provocado una progresiva eliminación de las desigualdades propias de las situaciones arcaicas, al imponer el imperativo homogeneizador de la racionalidad económica moderna. Pero lo ha logrado generando una situación práctica de dominación y exclusión descomunales. La «colonización» ha significado una explotación programada del mundo pobre por el mundo rico. Cuanto más se ha impuesto el mercadocentrismo del Norte, mayor ha resultado ser el abismo que lo separa del Sur y tanto mayor es la dependencia y desestructuración social y cultural de este último.

La encíclica *Sollicitudo rei socialis* (SRS) describía con lucidez y patetismo el alargamiento del abismo Norte-Sur, en gran medida debido a la existencia de «unos mecanismos económicos, financieros y sociales, los cuales... funcionan de modo casi automático, haciendo más rígida las situaciones de riqueza de los unos y de pobreza de los otros. Estos mecanismos, maniobrados por los países más desarrollados de modo directo o indirecto, favorecen, a causa de su mismo funcionamiento, los intereses de los que los maniobran, aunque terminan por sofocar o condicionar las economías de los países menos desarrollados» (N.º 16).

No creo oportuno ofrecer aquí cifras y datos que confirmen este diagnóstico de la encíclica papal (15). Es posible que los defensores de la economía del mercado pretendan olvidarse de encíclicas como ésta, a la que por cierto tanto denostaron de ignorante y utópica, y aduzcan los

(15) Ver Programa de las Naciones Unidas para el desarrollo. Informe, 1992. El libro ya mencionado de Luis Sebastián *Mundo rico, mundo pobre* es una buena referencia. Asimismo *L'homme et la société*, n.º 105-106. «Vers quel desordre mondial», 1992 3/4.

argumentos que la *Centesimus annus* (CA) (16) parece ofrecerles a favor del mercado. Sin embargo, difícilmente el libre mercado al que la CA se refiere encuentra acomodo en el libre mercado que sus defensores neoliberales y neoconservadores postulan, ya que éste no sólo desconoce las limitaciones morales y sociales de las que habla la encíclica, sino que impone a los países pobres numerosos impedimentos que, como dice la misma encíclica, no permiten «un acceso equitativo al mercado internacional». El mercado que de hecho defienden los que rechazan la SRS y alaban la CA es el mercado de los ricos que se protege contra los pobres. Como se refleja en el informe de la ONU, son crecientes las disparidades en el acceso a los mercados de bienes y servicios y de capital.

En efecto, uno de los graves problemas para el acceso de los pobres al mercado es el proteccionismo abierto o larvado que los ricos ejercen y que les impide competir en el mercado. El libre mercado del que habla la CA sólo es legítimo cuando va vinculado a actitudes solidarias y de equidad con los más débiles y pobres, cosa que suelen olvidar los que defienden el sistema capitalista actual y el mercado tal como funciona en nuestro mundo.

Por lo que respecta a la desestructuración social y cultural que el mercadocentrismo provoca, creo que se ha reflexionado bastante a propósito del V Centenario (17).

El desastre ecológico y las soluciones del mercado

DE todos es sabido que uno de los problemas más graves de nuestro tiempo es el desastre ecológico que amena-

(16) Es sorprendente el entusiasmo con el que autores, que rechazaron visceralmente las anteriores encíclicas sociales, acogieron la *Centesimus annus*. Así M. Novak, cuya obra *El espíritu del capitalismo democrático* es uno de los textos más beligerantes contra la doctrina social de la Iglesia, calificó a la CA de documento «espléndido» y «grande». Ver *30 Días*, n.º 45, 1991. Ver el Dossier del Servicio de Documentación de Iglesia Viva, n.º 29, dedicado a la encíclica, sept.-oct., 1991. Entre nosotros, también es sintomático el *Boletín de Estudios Económicos* de la Universidad Comercial de Deusto, dedicado al tema «Ética y empresa», sobre todo los artículos de R. Termes y de C. Moreda de Lecea, n.º 144, diciembre, 1991.

(17) Juzgo de interés el libro de V. Cosmao: *Transformar el mundo*. Sal Terrae, Santander, 1981.

za con destruirnos juntamente con el planeta que nos acoge. La conciencia creciente de dicha crisis ha supuesto un grave interrogante sobre el modelo de crecimiento inspirado en el industrialismo economicista; ha obligado a pedir una moratoria en la aplicación de los conocimientos científico-técnicos que conocen una progresión geométrica; ha provocado «manifiestos ecosocialistas» que postulan una «alternativa verde»; hasta ha inspirado una nueva lectura teológica de la integridad de la creación desde una dinámica ecuménica de justicia y paz.

En mi opinión, la única salida para afrontar adecuadamente la «crisis ecológica» pasa por plantearnos una verdadera «antropología de las necesidades», lo que equivale a plantearse la economía y la ecología como un binomio indisoluble. Economía y ecología tienen la misma raíz semántica y el mismo propósito práctico de «administrar racionalmente la casa». Pero, como ya hemos afirmado, la racionalidad y la lógica economicista que mueven al mercado no han tenido este propósito práctico. Como la «mala crematística» de la que habla Aristóteles, el beneficiario del mercado moderno se ha dedicado a acumular más para tener más, a consumir más para vivir bien, pero no ha conseguido con ello «ser más» ni gozar de un «vida buena». No me resisto a mencionar aquí la «antinomía criminal» de la que hablaba la *Sollicitudo rei socialis*: la antinomia entre «tener» y «ser» (n.º 58). Antinomia que también la *Centesimus annus* trata detenidamente, al hablar del consumismo y tras haber afirmado que el mercado desconoce numerosas necesidades humanas fundamentales. Seguidamente aborda el tema ecológico en su sentido integral, natural y social, y acaba apelando al control de los «mecanismos del mercado», porque hay «exigencias humanas importantes que escapan a su lógica» (n.ºs 34 ss.).

El mercado ha favorecido una apropiación elitista, excluyente e injusta, por parte de una minoría de la humanidad, de los recursos que pertenecen a todos, porque todos necesitan satisfacer sus necesidades. La lógica del mercado inspiró en el pasado el «contrato social de los propietarios ilustrados» y sigue inspirando las «nuevas teorías políticas del individualismo posesivo». Estas, en el mejor de los casos, abrirán selectiva y legalmente el actual marco elitista y excluyente, pero seguirán alimentándose y generando desigualdad y exclusión.

Un modelo de progreso materialista y consumista, que ha confundido el uso de los recursos con el abuso de los mismos y que, como un parásito, acabará destruyéndose con su anfitrión, nos obliga hoy a hablar de «los límites del crecimiento». Cuando se trata de buscar soluciones

prácticas al doble problema de la pobreza y de la ecología, la lógica del mercado a lo más lejos que llega es a mantener un «desarrollo sostenido», que no ponga en cuestión sus intereses fundamentales. La Conferencia de Río de Janeiro (1992) ha sacado a la luz los cínicos argumentos del mercadocentrismo: «los que más contaminan son los pobres», se dice, porque, además de ser muchos, tienen un modo de crecimiento altamente contaminante y un modelo de bienestar (el de los ricos) para cuya consecución no hay recursos en el planeta. La «solución» pasa por reconvertir el problema ecológico de un problema demográfico. Se trata de eliminar la amenaza del enorme número de los pobres con políticas de control de natalidad de patente occidental y, a continuación, de pedir a los pobres que se muestren austeros en sus deseos para que no pongan en peligro los logros de los ricos. La racionalidad técnica y calculadora del mercado «ignora la existencia de bienes que, por su naturaleza, no son ni pueden ser simples mercancías» (CA, n.º 40).

El mercado: la progresiva dualización de la sociedad y la desestructuración social

MICHEL Albert, en su interesante libro *Capitalismo contra capitalismo*, reproduce un dibujo, encontrado en las calles de Dallas, que refleja plásticamente los efectos de la nueva geografía social generada por la política ultraliberal de Reagan. Al pie del dibujo una leyenda reza así: «Arriba los pobres, abajo los ricos». No se trata, como sería de esperar, de un eslogan revolucionario. Se trata sencillamente de retratar una situación generalizada en la sociedad norteamericana: el dualismo social, que refleja que cada vez los pobres son más numerosos y más pobres y los ricos más ricos (18). Es, dice Albert, el efecto de un clima de materialismo economicista y de creciente individualismo que deteriora y cuestiona, cada vez más, la cohesión social y el consenso cívico que priorizan el interés colectivo sobre los intereses egoístas.

La división social entre los que pueden actuar en alguna medida

(18) M. Albert: *Capitalismo contra capitalismo*. Paidós, Barcelona, 1992. Este autor afirma que los ingresos de los 40 millones de americanos más pobres han disminuido un 10 por 100 en diez años. El 20 por 100 de americanos son pobres. En este mismo tiempo se ha triplicado el número de millonarios en dólares, ver pp. 47 ss. y 153 ss.

como beneficiarios de la lógica del mercado y los que quedan excluidos de la misma se conoce como «sociedad dual» (según la denominación de posiciones de inspiración más socialista) o «sociedad de los tres tercios» (según sensibilidades de inspiración más liberal). Junto a una sociedad económicamente integrada y que alberga a sectores diversos que crecen en protagonismo y bienestar, gracias a su participación en el capital o en el empleo estable y bien remunerado, emerge otra sociedad compuesta por los sectores históricamente marginales y por los nuevos excluidos: parados, trabajadores eventuales y todos aquellos que, por diversas razones (raza, sexo, edad, salud), no tienen acceso a los beneficios del mercado de trabajo o de capital.

La creciente desigualdad social se expresa en una forma dual de vivir y de responder a las necesidades básicas como la salud, la vivienda, la escuela, el hábitat, etc. Las bolsas de pobreza y las nuevas culturas de la marginación se han puesto de moda al ritmo que el mercado ha ido imponiendo su lógica.

Si el mercadocentrismo impone el criterio de que la eficiencia económica y la eficacia sólo se obtienen mediante la competencia, la tendencia a la privatización de los servicios básicos, para así disminuir el gasto público y atender mejor a las demandas, como se argumenta, se irá acentuando. El número de los excluidos de estos servicios, demandados y pagados, irá creciendo y nos encontraremos con una sociedad que, junto a lo mejor y más avanzado en cuestión de servicios para los que están arriba, tendrá lo peor y lo más degradado para los que están abajo.

Es preciso, pues, cuestionar esta lógica del mercadocentrismo porque es profundamente desigualitaria y antisocial. Pero, además, hay que demostrar que es una lógica contradictoria con sus propios argumentos. M. Albert muestra, en el libro ya mencionado, la superioridad del modelo de «capitalismo renano» sobre el «modelo neoamericano». En efecto, el modelo renano, que refleja una economía *social* de mercado, que corrige los defectos del mercado con la exigencia social que garantiza el Estado y desde unos valores morales y una cultura económica compartidos, no sólo es superior moralmente, sino que es más eficiente que el neoamericano (19).

(19) M. Albert, *op. cit.* pp. 153 ss. Ver también el artículo de M. José Rubio. «Los fundamentos políticos del Estado de Bienestar». *Sistema*, n.º 107, marzo, 1992.

El mercado y el estrechamiento de la democracia

LA democracia de mercado y la democracia representativa han sido las principales señas de identidad del capitalismo democrático liberal.

La extensión agresiva del mercado comporta la progresiva eliminación de todas aquellas instituciones y grupos sociales que podrían suponer un estorbo o impedimento a su lógica. La exigencia de no intervención del Estado en el ámbito económico para garantizar el ejercicio de la libre autodeterminación de los diferentes actores del mercado evita, se dice, siempre que se respeten unas mínimas reglas de juego, todo totalitarismo y despotismo del poder político. Esto, en cierta medida, es verdad, pero no se dice que la pretendida libertad postulada por la lógica del mercado justifica una competitividad desigualitaria y hostilmente ejercida entre los diferentes actores que acuden a afirmar su interés y su poder. Y, además, exige una autoridad capaz de imponer el orden y la seguridad en una sociedad en la que los conflictos y desórdenes están asegurados.

La lógica del mercado exige, pues, a la vez, un estrechamiento de la democracia, reconduciéndola a su expresión más formal y menos participativa y un fortalecimiento del poder autoritario y represivo, haciendo paradójicamente falso el «cuanto menos Estado mejor» (20).

Una concepción de la democracia desbordada por un excesivo afán igualitarista ha conducido, se argumenta, a una sobrecarga de demandas por parte de los ciudadanos al poder político. Hay, pues, que cuestionar este afán igualitarista, así como las interpretaciones maximalistas del principio de las mayorías.

El progresivo cuestionamiento de los «derechos sociales», que son la expresión de una democracia que toma en serio el ejercicio de la titularidad de todo ciudadano y que le posibilita los recursos y medios para ello, anuncia un modelo de democracia elitista y limitada al ámbito de las instituciones representativas del liberalismo. Se trata de descargar al Estado de competencias y compromisos, de despolitizar las necesidades sociales. Hay que devolver a la sociedad civil, es decir, al mercado y a las asociaciones privadas, la responsabilidad ante estas competencias y compromisos.

(20) Ver Luis Ortega: «La regulación estatal de la economía». *Sistema*, n.º 102, mayo, 1991, pp. 69 ss.

La necesidad de garantizar los intereses de los beneficiarios del sistema y de atajar los desórdenes que una sociedad desigualitaria e injusta provoca demanda un poder político represivo y autoritario que tiene su legitimación última en las exigencias de seguridad y orden que el mercado necesita más que en el bienestar de todos los ciudadanos. Para ello se crean «estados fuertes», cada vez más centralizados y burocratizados, ya que, sin ellos, sería imposible afirmar «cuanto más mercado, mejor».

La «sociedad de mercado» y su incapacidad para generar recursos morales

UNO de los críticos más lúcidos del individualismo posesivo y del contrato social liberal fue Rousseau (21). La gran acusación de Rousseau se basaba en que la sociedad liberal carecía de recursos morales para humanizar a los individuos y los mantenía en un estado de alienación y desigualdad. La libertad y la igualdad sólo serán posibles, dice Rousseau, si se socializa a los individuos en una comunidad política, que sea moral y que, si bien les obliga a renuncias en su bienestar y en su libertad egoístamente entendidos, los eleva a la categoría de ciudadanos y les enseña a querer lo que deben querer, lo que es mejor para todos. El Estado es imprescindible para dar una dimensión ética a la vida humana. Hegel seguirá con esta convicción.

Rousseau puede parecer un reaccionario y ser considerado una bestia negra para las libertades individuales, como lo consideran sus numerosos detractores. El es, sin duda, un utópico, al querer pedir sacrificios morales en una sociedad economicista y su concepto de comunidad es anacrónico para nuestras sociedades masificadas y complejas. Pero es evidente que puso el dedo en la llaga de nuestros males. Carecemos de los recursos éticos que necesitamos para ser más libres e iguales.

De hecho, también la teoría política liberal se vio obligada a postular un mínimo de compromiso moral, ya que ni el propio interés ni la lógica del mercado que aquél alimenta y ésta refleja permiten alcanzar la armonía y felicidad prometidas. Por eso hay que educar las preferencias y moralizar la sociedad.

(21) Me remito fundamentalmente a *Los Discursos*, especialmente *Sobre el origen de la desigualdad entre los hombres* y *El Contrato social*. Alianza, Madrid, 1986.

La teoría democrática occidental, siguiendo los pasos de Rousseau, ha buscado la transformación de la sociedad burguesa, individualista y mercantilizada, desde las instituciones políticas, en especial desde el Estado, aunque, bien es verdad, sin demasiado éxito. Entre otras razones, porque con sus concreciones teóricas y prácticas ha estado lejos de encarnar el modelo e incluso ha puesto entre paréntesis el mismo objetivo de la moralización de la sociedad y de los individuos. En efecto, ni el sufragio universal ni el Estado de Bienestar han respondido adecuadamente al objetivo (22).

Hoy, cuando la urgencia de moralizar la sociedad parece tan sentida, es preciso denunciar las estrategias de los que quieren conseguir este objetivo, no sólo olvidándose de Rousseau, sino reforzando la lógica del mercado, que necesita e instrumentaliza dicha moral para sus intereses.

En este momento de crisis de legitimación de las Instituciones democráticas ya mencionadas, no se trata de desechar sin más la fallida experiencia de democratización de la sociedad y de renunciar a su moralización olvidándose de Rousseau. Se trata, por el contrario, de proponer una radicalización de aquellos principios democráticos que en teoría comportan una moralización de los individuos y de la sociedad y que sólo su adulteración y mercantilización han convertido en inoperantes. Se trata de profundizar a la vez en la participación y en el control democrático de la vida social, también de la economía de mercado.

(22) Ver el magnífico artículo de C. Offe y U. Preuss: «Instituciones democráticas y recursos morales». *Isegoría*, n.º 2, Madrid, 1990.